

nes mentales, halló en Carrasquilla su gemela sabiduría y prudencia.

La memoria de Carrasquilla no se esfuma con su desaparición terrena. Su carne se ha extinguido, cumpliendo una ley biológica, pero su espíritu perdura, cumpliendo una ley moral. La arcilla prieta no es arca funeraria de su nombre. Su prole intelectual continuará el culto de su hermoso decálogo y ésta será la gloria imperecedera del maestro. En lo material, luz similar brillaría sobre la tumba de un artífice que celoso del recuerdo de la posteridad, contribiera la feliz idea de tallar piedras preciosas, destinadas a formar un haz de luceros sobre su inscripción póstuma.

Desaparecida la forma corpórea del maestro Carrasquilla, no alcanzará la máxima blancura de un mármol para concretar la genuina glorificación de su alba vida, ni el más recio bronce será hiperbólico para simbolizar su inmortalidad augusta.

ALFREDO GÓMEZ DÍAZ

(De *El Nuevo Tiempo*, jueves 20).

EL ELOGIO DEL MAESTRO

La emoción viajó al ritmo de días plácidos, cargados de sol y de viento, como una nubecilla tenaz que ondula ante los ojos del mundo anunciando el flagelo ruidoso. Y sobre la tierra venerable, en una noche vestida de solemnidad melancólica, se quebrantó—con el postrer esfuerzo vital del patricio atormentado—el último vínculo que nos ligaba a un pasado abundante de crónicas doradas, como un campo salpicado con el temblor perenne de la hierba amarilla.

La clausura de esta existencia, largamente nutrida en los arroyos perpetuos y numerosos de virtudes, cierra sobre nosotros un cielo de brumas, semejante a una

selva funeral bajo la cual madura nuestro espíritu toda su angustia indescifrable.

Monseñor Carrasquilla fue, acaso, la última colina espiritual arrebatada a nuestro suelo por las aguas eternas. Fue un explorador asiduo de las culturas y sondeando todos los campos con desvelo romántico llegó a formar de su personalidad una fábrica estupenda de conocimientos ante la cual los hombres se han inclinado reverentes. Aquilatando su espíritu en el fondo sagrado de Dios hizo fluir de sus labios expertos una cristiana apologética que todavía emociona la nerviosa penumbra de nuestras catedrales católicas. Su voz, ágil como una flecha de hondero, levantaba entonces la religiosa oratoria sobre el alboroto de las multitudes, de la misma manera que los marinos enarbolan el mástil gallardo sobre la nave tremolante.

Se refugió en el magisterio y se dio todo a él, abandonando su manto regio tachonado de honores, por la sencilla vestidura de los preceptores pacientes. El, que hubiera podido moverse entre las gentes afirmando un orgullo impenitente de hidalgo, prefirió a las palmas escandalosas la vigilia constante, y antes que un magnate empedernido, fue un rector afortunado de espíritus que vertió la fuente procelosa de su saber bajo las arcadas fraternas.

De las fuentes clásicas salió su estilo fuerte como el mirto codiciado de los bosques latinos. Labraha la frase con el sencillo afán con que los alfareros fabrican sus vasijas de arcilla. Sobre el papel alborozado vertía siempre la intención apostólica o la severa apología sin extenuar la prosa con recursos retóricos, sino cargando cada vocablo de sentido porque sabía que por medio de una expresión directa transmitía con más exactitud su pensamiento que coronándolo con la seda risueña de adjetivos felices. De ahí que su nombrada intelectualidad

corra paralela a la de Bello, a la de Suárez y a la de los grandes próceres de la literatura de América.

Contra el torbellino colérico que sobre el suelo de la patria ha rendido los árboles mayores de la inteligencia en el lustro presente, él predicaba la primacía espiritual de nuestro pueblo como un viejo roble que afirma la energía terrestre entre la destrucción universal de las cosas.

Su recuerdo, perpetuado en el claustro severo, ha de vigilar el avance de la república futura. Los que bajo su dirección comedida hemos visto fortificarse nuestra adolescencia fogosa juramos hoy sobre su cuerpo inanimado, que ha de calcinarse en breve entre la tierra fúnebre, una constante fidelidad a su memoria. Y la patria, que apasionadamente amó con todo su vigor interior, ha de memorar siempre al varón excelso para presentarlo como la permanente y necesaria afirmación del carácter, encarnado en una existencia vivida con esmero.

Acaso la república mire en esta vida, irreparablemente unida al ministerio, un símbolo de reconciliación y de paz. Por eso una procesión sigilosa de espíritus traza hoy su órbita de emoción en torno a esa cabeza doliente y a ese corazón que ha de rendirse a la tierra en pavezas como una hoguera extinta.

RAFAEL AZULA BARRERA

(*El Tiempo*, marzo 20).

MONSEÑOR CARRASQUILLA

La onda concéntrica radiodifusora ha llevado a estas horas, hasta el más apartado rincón de la república, y dilatado hasta el recinto de muy distantes centros universitarios del mundo, la infausta nueva de que el maestro de varias generaciones de colombianos, educados en los claustros legendarios del Colegio de Nuestra Señora